

claramente que los dos cónyuges eran los autores del asesinato de Roviglia.

El 15 de enero de 1830 Luisa Bayer y su marido, Juan Finet, fueron guillotinado.

ADOLFO VALDERRAMA.

Santiago de Chile.

DE RAFAEL ALTAMIRA

Oviedo, 2 de Noviembre de 1897.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Muy distinguido señor mío: tengo que agradecer á usted vivamente el obsequio que me hace con su folleto «La Vida Nueva» y la amabilidad de la dedicatoria que se ha servido escribir en él. Nada puede serme más grato. Hace años que por diferentes medios trabajo para estrechar las relaciones literarias entre los hispano-americanos y los españoles. Utilicé á este propósito, algún tiempo, el diario republicano de Madrid *La Justicia*, luego el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, y para lo mismo he fundado y sostengo mi *Revista Crítica*.

Con usted particularmente, y con sus compañeros de esa capital, deseaba mucho ponerme al habla.—Mi amigo Leopoldo Alas me había puesto en antecedentes respecto de usted, antes de que yo directamente conociese algo de su obra literaria. Ahora, después de leer *La Vida Nueva*, confirmo el juicio de *Clarín* y el que yo mismo, por otros datos, había podido formar con aplicación colectiva al grupo de los jóvenes uruguayos.

Usted, que ha tenido la bondad de leer mis libros y conoce, por tanto, mis ideas, comprenderá cuán profundamente participo de su punto de vista en lo relativo á la *novela nueva*. No creo que ni el maestro D. Juan Valera, ni Emilia Pardo, que ahora terció en la polémica con Reyes, estén en terreno firme. *No ven el problema*. Usted sí lo ve, y con una serenidad de juicio que se sobrepone hasta á los impulsos naturales del patriotismo y de la camaraderie. Esta nota de la imparcialidad—que es, al cabo, para los inteligentes, la *sinceridad* misma—quizá es lo que me complace más en los escritos de usted, porque para mí lo primero en el crítico es ser sincero. Este es el camino sólido para hacer obra sólida, y así tiene que ser la *nueva*.

En un libro mío de próxima publicación, en que he reunido diferentes trabajos de crítica histórica, política y literaria, verá Ud. la ampliación de estas razones y de este criterio, con algo que yo creo puede representar la fórmula (ó partes de ella) del espíritu nuevo. Mucho me complacerá que concuerden mis inducciones referentes á España y mis ideas personales con las de esa juventud culta y generosa.

Deseo que esta carta sea el comienzo de una relación intelectual estrecha entre nosotros. Pido de Ud. y de sus compañeros, para mi *Revista*, aquel auxilio necesario para que sea, cada vez más, un órgano central de comunicación entre los literatos y

eruditos de ambos continentes. Mi esperanza es que sea la *Revista Crítica* tan de ustedes como de nosotros, en la esfera de su programa.

En esta Universidad, de la cual he sido nombrado catedrático por oposición, me tiene Ud. á sus órdenes, y quiero que Ud. me considere desde hoy como suyo amigo y S.

q. l. b. l. m.

RAFAEL ALTAMIRA.

Baladas en prosa

UN IDILIO

Bajo el follaje silencioso de los tilos,— he visto inclinarse sobre una tuberosa pálida, como una novia de Ensueño,— un clavel mío orgulloso bajo su túnica escarlata.

Y he mirado á la tuberosa doblegarse,— en un estremecimiento vago de placer,— y he visto que el clavel se deshojaba sobre ella, en lluvia—de color de púrpura.

Desde una próxima glorieta—de glicinas, un mirlo malicioso—gorjeaba su canción picante,— mientras la tuberosa candida—enrojecía de pudor,— y el clavel patidecía de orgullo bajo su túnica escarlata...

EL LLANTO DE PSIQUIS

Un día brumoso en el camino de la montaña,— vestida toda de pétalos de lirio— encontré una Psiquis llorando— junto á un rosal marchito por la nieve.

Cada lágrima que caía sobre la roca— hacía brotar una flor blanca como el sueño— de una virgen enamorada de un astro;— y hubiérase creído que aquellas florecillas eran,— ellas mismas,— pequeños astros caídos de una lejana,— de una misteriosa contemplación.

¡Oh, hermana mía!—¿por qué lloras? dije inclinándome hasta rozar con mi frente— herida por las ortigas del camino.— sus alas tenués de libélula— pesada sobre un cuello de cisne.

Entonces, Psiquis, sin responderme.— y señalando un nido de alondras— deshecho por los huracanes de invierno.— secó sus lágrimas con una flor enferma— de aquel rosal marchito por la nieve...

LA PRIMER VIOLETA

En la hora grave del crepúsculo— los viejos árboles se retorcían en dolor— y los ruidos por el viento— de las ramas— y las amarillentas riberas— con el gorgoleo de angustia.— sobre el bosque— quedaba por la escarcha.